

Lección No. 31.- LA PENITENCIA Y LA VIDA ECLESIAL

El bien y el mal que hagamos afectan a toda la Iglesia Universal

El Sacramento de la Reconciliación tiene su por qué, evidente mente en el pecado, ya que es signo y expresión de la divina mi sericordia para con el hombre pecador.

No podríamos dar por terminado el estudio de este Sacramento, sin contemplarlo a la luz del Evangelio: de sus parábolas y de los acontecimientos que ahí se nos narran dentro de la vida pú blica de Jesús.

Una parábola y cinco personajes del Evangelio nos van a dar o casión al contemplarlos, de estudiar nuestras propias y posibles actitudes, y las que Dios adopta ante ellas.

* En la parábola del hijo pródigo, que ya tocamos antes, aparece como en una serie de transparencias nuestra propia vida: comen zamos jactanciosamente por sobrepreciar nuestras aptitudes y sin tiéndonos autosuficientes damos el grito de independendia, seme jante al de Satanás: ¡no serviré!, y echamos a andar por nues tros propios medios y hacia nuestros propios antojos haciendo a Dios a un lado como un estorbo a nuestra propia realización.

El ciclo se repite una y otra vez en cada hombre, una y otra vez en cada infidelidad nuestra: nos sentimos independientes en tanto nos sentimos fuertes; sorpresivamente descubrimos que so mos unos desdichados sumidos en el fango del vicio; convenencie ramente volvemos los ojos hacia donde hemos de encontrar la sal vación: hacia Dios; nos acercamos implorando misericordia; obte nemos el perdón y nos sentimos realizados.

En la misma parábola observemos cíclica también, y paralela a nuestro proceder, la acción divina: ante nuestra independendia, El nos deja obrar; ante nuestra jactancia, nos permite experimen tar; ante nuestro fracaso, espera nuestra reacción; ante nues tra vuelta, nos acoge con amor; ante nuestro reconocimiento, nos presta apoyo regenerador; ante nuestra confesión, nos otorga el perdón. Sólo una cosa no puede: ni traicionar a su propia justi cia contemporizando con nuestros vicios, ni evitar que los efec tos de esa justicia se desencadenen si el momento de rendir cuen tas, la muerte, nos toma en la fase de pecado. (Lc.15,11-31)

* Zaqueo. Ya también comentamos el caso de este hombre, pecador y usurero, que con todo, a la noticia del paso del Señor, ansía encontrarlo, mirarlo, admirarlo. Así somos los hombres que venimos consintiéndonos en el mal, pero a la vista del bien expe rimentamos una sed de él. Pero no queremos hundirnos en él: nos basta con "rozarlo", con admirarlo. Es Cristo quien decide la si tuación: todo en El, o todo fuera de El: "...hoy comeré en tu ca sa...hoy entraré a tu casa..." Y ante esto el hombre se decide a cambiar de vida. (Lc.19,1-10)

* LA MUJER ADULTERA, a la que también aludimos ya, nos ha servido, tanto para mostrarnos nuestra mísera condición de jueces, cuando se trata de hundir a nuestros hermanos, no cuando es a nosotros mismos a quienes toca ser juzgados; como para contemplar a ese Cristo compasivo, tierno y delicado frente al pecador anodado por los efectos de la culpa. (Jn.8,3-11)

* LA PECADORA EN CASA DE SIMON, una lección clara y pormenorizada del Señor acerca de cómo nadie, por más hundido que se encuentre dentro del fango, puede dejar de esperar perdón. Al mismo tiempo, el valor que tienen las buenas obras, ante todo el efecto determinante del AMOR: "...se le perdona mucho, porque ha amado mucho..." El amor resume toda conversión, todo arrepentimiento, todo cambio de vida. Sin el amor es inútil hablar de cambios, porque sólo hay dos extremos: salud en el amor frente a extravío en el odio, en el alejamiento. Buena medida es esa del amor: ¿pecaste mucho? Pues ¡ama mucho! (Lc. 7,36-50)

* EL LEPROSO CURADO, es la imagen del hombre que ha sido liberado de las miserias de sus pecados, que ha entendido el beneficio recibido y que agradecido glorifica a Dios con humildad, con grandeza de espíritu: ¡cuántas veces nuestras confesiones resultan apáticas, frías, tediosas! No es otra cosa que la falta de comprensión de lo que ahí se ha realizado. ¡Pobre criatura humana que en su insensatez casi pretende favorecer a su Dios con su arrepentimiento, cuando es altísimamente favorecida por Aquél que de ella nada necesita y que bondadosamente la levanta del abismo de su miseria! (Lc.17,12-19)

* PEDRO ARREPENTIDO, es la imagen viva del verdadero arrepentido: "Y Pedro se acordó de aquello que le había dicho Jesús: 'Antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces.' Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente." (Mt.26,75) Dicen las crónicas de los primeros tiempos de la Iglesia que este llanto de San Pedro se prolongó a través del resto de su vida, y que de sus ojos brotaba cada vez que hacía memoria de su traición, hasta producir surcos en su cara, ¡Si fuéramos capaces de concebir tal arrepentimiento! "...se le perdona mucho, porque ha amado mucho..."

RESUMIENDO: RECONCILIACION: dos voluntades que se encuentran.

No de otro modo ha de concebirse la Reconciliación: es la voluntad variable y veleidosa del hombre que se decide volverse a Dios; y la voluntad de Dios, inmutable, firme y decidida, que abre las puertas de la misericordia de su infinita bondad para acoger al hombre que a El se vuelve.

Y, cuando esto sucede, lo dice Cristo: "Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión" (Lc.15,7).

SENTIDO COMUNITARIO DEL PECADO Y DE LA RECONCILIACION.

Para San Pablo existe una vinculación comunitaria tanto en el pecado de Adán como en la redención de Cristo, y así nos enseña (Rom.5-12): "Por tanto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron... reinó la muerte desde Adán hasta Moisés aún sobre aquéllos que no pecaron con una transgresión semejante a la de Adán, el cual es figura del que había de venir..."

Y en seguida continúa hablando acerca de que, del mismo modo, por un solo Hombre a todos alcanzó la reconciliación con Dios, y así explica (Rom.5,15): "...Si por el delito de uno solo murieron todos ¡cuánto más la gracia de Dios y el don otorgado por la gracia de un solo hombre Jesucristo, se han desbordado sobre todos!"

Y concluye poco más adelante en forma breve y concisa que deja fuera toda duda (Rom.5,19): "En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos."

Pero, si bien es cierto que todos estamos unidos con Adán participando del pecado original por razón de descendencia, habiendo heredado de él una naturaleza viciada, también es cierto que al hacerse el Verbo carne asumiendo la naturaleza humana dentro de las entrañas virginales de María Santísima, hemos quedado identificados con El, con Cristo, por razón de naturaleza también por cuanto ya el Verbo participa de nuestra naturaleza realmente, es ya uno con nosotros. En todo es hombre igual a nosotros, menos en el pecado.

Y por otra parte, por la acción de su fuerza redentora, Cristo nos participa de su Vida sobrenatural, haciendo que por nuestro ser corra la savia vivificante de su propia Vida.

De estos dos modos hemos obtenido que la influencia pecadora de la herencia de Adán haya quedado anulada por la doble influencia salvífica de Cristo que se nos aplica por medio del Bautismo.

De otra parte, ya hemos visto que, según el misterio del Cuerpo Místico de Cristo, siendo todos nosotros miembros vivos suyos por la acción de la gracia, podemos convertirnos en miembros mue~~r~~tos por acción del pecado.

Pero, como en todo cuerpo sucede, un miembro vivo ve circular la vida en él, en tanto que un miembro muerto la ve extinguirse, constituyendo un serio peligro de infección para los demás miembros; del mismo modo, en el Cuerpo Místico de Cristo ocurre que quienes viven la vida de la gracia con ausencia de pecado, prestan ayuda, son miembros vivos útiles al Cuerpo; en tanto que los que se hallan en pecado son miembros inútiles y perjudiciales.

San Pablo habla muy claro sobre esto cuando escribe a los Corintios (1 Cor.8,10-12) acerca del peligro de escándalo debido a la manera de consumir las carnes sacrificadas a los ídolos: "En efecto, si alguien te ve a tí, que tiene conocimiento, sentado a la mesa en un templo de ídolos, ¿no se creará autorizado por su conciencia, que es débil, a comer lo sacrificado a los ídolos? Y por tu conocimiento se pierde el débil: ¡el hermano por quien murió Cristo! Y pecando así contra vuestros hermanos, haciendo su conciencia, que es débil, pecáis contra Cristo."

Y claro, recíprocamente, cuando ofendemos a Cristo, nuestra ofensa no para en El, sino que recae sobre todo su Cuerpo Místico.

En un eco de los principios sustentados por el Señor al instruirnos acerca del Juicio final (Mt.25,40 y 45): "Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuánto hicísteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a Mí me lo hicísteis... En verdad os digo que cuanto dejásteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejásteis de hacerlo."

Del mismo modo, pues, podemos considerar los efectos que pueda tener el Sacramento de la Reconciliación dentro de la vida común del Cuerpo Místico de Cristo: pues, si el pecado de uno afecta de tal modo a toda la comunidad, es evidente que la vuelta a la vida de la gracia también produce efectos benéficos a la comunidad. Dado que esa vuelta tiene lugar a través del perdón obtenido por la Reconciliación, este Sacramento está produciendo continuamente una vivificación de la vida de la Iglesia.

Desde el Monte Sinaí, en que Yahveh promulga su Ley ante un Pueblo escogido y físicamente presente frente por frente al Monte mismo, de pie y en actitud de escucha; hasta la escena del Cenáculo en que Cristo lava los pies al Colegio Apostólico, terminando con una explicación sobre ello: "¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis 'el Maestro' y 'el Señor', y decís bien, porque lo soy. Pues si Yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavarnos los pies unos a otros. Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como Yo he hecho con vosotros." (Jn.13,12-15). De uno a otro extremo, salta a la vista la comunidad de la santificación y cómo no es posible la justificación o injustificación de hombres aislados: allá el Pueblo del Antiguo Testamento como primicia de la reconciliación universal; acá el Colegio Apostólico como primicia de la Iglesia, Nuevo Pueblo de Dios, es la congregación de los que quieren ser salvados, de los que en grupo han de ser reconciliados con el Padre por la sangre del Cordero.

Ahora bien, lo que ha sido instituido en lo social, no es social sino con el fin de que sea beneficiado el individuo: dicho de otra manera, Dios pretende como objetivo concreto la salud de

31/6
cada uno de nosotros, pero no lo hace de manera individual, sino en forma colectiva, para la humanidad entera, con objeto de que de este modo la salud le sea dada a cada uno de nosotros.

Así, al otorgar a los Apóstoles el poder de perdonar los pecados (Jn.20,23), lo hace para beneficio de todos: "A quienes perdonéis los pecados..." pero con la mira concreta de que de este modo el perdón llegará para cada uno en lo individual.

La función, pues, del Sacramento de la Reconciliación, es social e individual a la vez: social por cuanto ha de beneficiar a todo el Pueblo de Dios, pero para que de este modo redunde en individual en su aplicación.

Del mismo modo, es individual en su aplicación, no porque se pretenda que sean salvos algunos, sino porque al quedar todos reconciliados, uno a uno, la comunidad es salva en lo social.

Y no de otro modo podría suceder esto, pues si San Pablo nos habla (1 Cor.12,7) de que "A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común" hablando de los carismas, de su otorgamiento, no para beneficio del individuo, sino de la comunidad, con cuánta más razón deberá entenderse que el beneficio de la reconciliación es beneficio simultaneo para el individuo y para la comunidad.

Muy claro es todo esto cuando el Apóstol en la misma carta a los Corintios (1 Cor.12-26) nos enseña: "Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en el gozo."

Y ¿qué mayor sufrimiento que la pérdida de la gracia por causa del pecado? ¿qué mayor gozo que la recuperación de la gracia debida a la Reconciliación?

Es esto mismo lo que, en términos escatológicos, quiso el Señor dejar sentado cuando, al término de la parábola de la oveja perdida expresó: (Lc.15,7) "Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión."

En este caso es la comunidad celestial la que celebra la perseverancia final del individuo, quien de este modo se suma junto con su gozo y su presencia a todos los que en la comunidad celestial ya coparticipaban del gozo y la presencia de su Señor.

MANERAS DE CONCEBIR LA JUSTIFICACION POR LA RECONCILIACION.

Ya habremos sentido, más que imaginado, cuál debe ser nuestra disposición interior si queremos formar un todo con Cristo en su Cuerpo Místico. Evidentemente, siendo El la Perfección misma, no nos sería dable esta unión íntima con El sino por caminos de perfección. No en cuanto tengamos que llegar a determinado grado de perfección, después del cual ya podamos unirnos a Cristo sino por

la resolución que tenemos de emprender de una vez por todas ese largo camino ascendente de la perfección.

"Porque si nos hemos hecho una misma cosa con El por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con El, a fin de que fuera destruido este cuerpo de pecado y cesáramos de ser esclavos del pecado."

¡Hacerse una sola cosa con El! "sumergirse en El" "revestirse de El" son expresiones de imitación y abandono total en El.

Revestirse es no sólo cubrirse exteriormente, sino también invertirse por dentro, quedar poseído, compenetrado, impregnado como la esponja que al chupar queda del todo invadida de eso que chupó.

"Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador" (Col.3,9-10) nos dice el Apóstol, para terminar dos versículos adelante: "Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia..."

Tal es el espíritu con el que debemos acercarnos al Sacramento de la Reconciliación, si no queremos caer en confesiones costumbristas que insensiblemente nos acerquen al sacrilegio.

RESUMIENDO:

La Reconciliación implica actos positivos nuestros que se corresponden con actos de misericordia, de amor y bondad de parte de Dios. Los nuestros son de reconocimiento, de resolución, de humillación y de satisfacción.

La Reconciliación es un Sacramento comunitario en sus efectos debido a que ella es remedio al mal del pecado que, cometido por uno de sus miembros, afecta a la comunidad eclesial.

El Cuerpo Místico de Cristo es santo como santa es su Cabeza: todo acto no santo de uno de sus miembros afecta al Cuerpo, tal como en lo físico un miembro enfermo afecta a todo el organismo.

Aceptar la paz de Cristo por la Reconciliación es reingresar al Cuerpo de Cristo; alejarse de Cristo es romper con la Iglesia.

REFLEXIONES PERSONALES:

¿He sido conciente de la realidad del mal comunitario que se sigue del pecado y del bien comunitario que sigue a la Confesión?

¿Soy capaz de alejar de mí todo lo que implica mal comunitario?

¿Seré capaz de cultivar en mí todo lo que puede beneficiar a la comunidad de la Iglesia?

¿Estoy dispuesto a despojarme del hombre viejo para revestirse y enbeberme de Cristo?

RESOLUCION: Señor: si hasta ahora contemple la Reconciliación de un modo egoísta, en adelante veré en ella el sentido comunitario.